

Mi sueño y yo

Aida Luz Santacruz A



Había una vez un niño alegre y lleno de vida llamado Joel Santiago, quien habitaba en un hermoso y pintoresco pueblo llamado Toribío. Cada mañana, las majestuosas montañas que rodeaban el lugar se convertían en el escenario perfecto para sus más divertidas aventuras.



Joel corría libremente por los senderos verdes, respirando el aire puro de la naturaleza y jugando con la brisa que mecía los árboles. Las montañas conocían cada uno de sus secretos y guardaban las risas de un niño plenamente feliz.



Un día, la tranquilidad de aquel hogar se transformó cuando su madre tomó la decisión de abandonar el lugar en busca de nuevos horizontes. Al despedirse de sus queridas montañas, Joel sintió en su pecho una profunda tristeza y una gran nostalgia que lo acompañaron en el camino.



El viaje los llevó a un lugar completamente diferente y fascinante llamado Santa Elena del Valle. Todo era nuevo para él, desde el canto de los pájaros hasta el aroma de la tierra que pisaba por primera vez.



En este nuevo hogar, Joel comenzó a explorar los rincones del valle descubriendo paisajes distintos pero igualmente hermosos. Aunque extrañaba su antiguo hogar, la curiosidad poco a poco empezó a iluminar su mirada.



Con el paso de los días, la escuela del pueblo le abrió sus puertas para presentarle a nuevos amigos llenos de alegría. Los rostros desconocidos pronto se convirtieron en compañeros de juegos y risas bajo el sol.



Los docentes de la nueva escuela lo recibieron con los brazos abiertos y una paciencia infinita, guiándolo con cariño en su proceso de aprendizaje. Poco a poco, las aulas se llenaron de confianza y de momentos inolvidables para Joel.



Día a día, con cada nueva experiencia y cada juego compartido, Joel fue acostumbrándose a su nueva vida en el valle. Su sonrisa regresó con fuerza mientras crecía rodeado de afecto y compañerismo.



A pesar de los nuevos amigos y las maravillas de Santa Elena, Joel nunca olvidó las tradiciones y los colores de su querido Toribío. En su corazón guardaba celosamente el orgullo de conservar sus propias raíces.



Mirando hacia el horizonte desde la cima de una colina en el valle, Joel comprendió que los sueños no tienen fronteras. Su pasado en las montañas y su presente en el nuevo hogar se unieron para formar la hermosa historia de su vida.